



MALVINAS, UNA DE LAS ÚLTIMAS GUERRAS CONVENCIONALES DEL SIGLO XX

Alberto Gianola Otamendi



El título nos refresca una frase tan frecuente como inexacta, en todos los conceptos. Lo primero que deseo aclarar es que el rótulo de «Malvinas» engloba el largo conflicto por las islas del Atlántico Sur, que comprende tres grandes archipiélagos (Malvinas, Sándwich del Sur y Georgias del Sur) y sus aguas adyacentes.

Podemos decir que los hechos ocurridos entre el 2 de abril y el 14 de junio de 1982 responden más a una campaña o una batalla que a una guerra, por cuanto no se ha concluido la disputa. Tuvieron un precedente de casi 150 años de reclamos desde la invasión inicial británica y llevan ya otras cuatro décadas de insistentes y variadas acciones diplomáticas en todos los foros.

No se trató de las últimas luchas armadas interestatales. En las dos décadas posteriores hasta el fin del siglo, hubo muchos casos, cerrados quizás en 1999 cuando se enfrentaron la India y Pakistán, en Kargil, región de Cachemira. Ese año, culminaron también los combates en Kosovo, con intervención de fuerzas multinacionales. Antes, entre 1992 y 1995, se desarrolló la guerra de Bosnia, que involucró fuerzas croatas contra serbias en alianzas con grupos étnico-religiosos bosnios y apoyos internacionales por ambas facciones. En 1995, Ecuador y Perú se enfrentaron por el Alto Cenepa en una acción corta pero intensa. La guerra del Arbusto o de la frontera de Sudáfrica, que había empezado en 1966, concluyó en 1989, y aunque tuvo características muy complejas, enfrentó fuerzas estatales. En el centro africano, Libia y Chad (con auxilio francés) combatieron por la franja subsahariana de Aouzou desde fines de 1986 hasta septiembre de 1987, en lo que se conoció como la guerra de los Toyota. Los ejemplos pueden extenderse, pero aquí nos inspira otro asunto.

Lo que vamos a poner en debate es la condición de «guerra convencional». Seguramente la vieja costumbre de las academias de establecer categorías taxonómicas, generar definiciones y discutir teorías contribuya a aburrir a los alumnos y a confundir a los no iniciados.

¿Qué es una guerra convencional? Pareciera que es aquella que cumple convencionalismos. En todo caso, hacia 1982 las únicas convenciones aceptadas para regular la guerra eran las de Ginebra, signadas por Estados. Tal vez por eso se interpreten como tales los conflictos armados entre naciones, con fuerzas regulares, tropas uniformadas, declaraciones formales, y banderas y generales en corceles. Puede ser.

Ahora, entre los combatientes, poco importan las clasificaciones. Lo que realmente desvela a estrategas y guerreros es la planificación de las acciones y la ejecución de los planes para obtener la victoria. Y sobrevivir. Eventualmente con gloria.

Y la pura verdad histórica es que no hay dos guerras ni dos campañas o combates iguales. El río es siempre distinto, diríamos parafraseando a Heráclito.¹

El convencionalismo puede conllevar el riesgo grave de establecer estándares, fijar doctrina, aferrarse a tácticas. La mayor constante en la guerra es el cambio permanente, la innovación ingeniosa, la apuesta aventurera o temeraria.

El autor es Capitán de Fragata (R), Capitán de Ultramar y Capitán Fluvial, DPO Full Certificate y Perito Naval. Es licenciado en Sistemas Navales (Instituto Universitario Naval [INUN]).

Tiene un posgrado en Gestión de Desastres y Riesgos Naturales (USal).

Es veterano de dos Misiones de Paz y Estabilización de la ONU (ONUCA en Centroamérica y MINUSTAH en Haití).

Integró las direcciones del Liceo Naval Militar Dr. Francisco de Gurruchaga (en Salta, colegio secundario exclusivamente femenino), la Escuela de Operaciones y la Escuela Superior Conjunta de las FF. AA.; en estas instituciones, también cumplió funciones docentes.

Fue comandante de buques y de una escuadrilla en Ushuaia (Tierra del Fuego).

Es magíster en Gestión de la Educación (UTdT).

1 «Nadie se baña dos veces en el mismo río».



La empresa Boeing acaba de presentar el Loyal Wingman, el primer avión de combate no tripulado, diseñado para la Real Fuerza Aérea Australiana.

Las energías más difíciles de lograr para la misión de dominar al enemigo no corresponden a incrementar el número de hombres, ni siquiera (o no completamente) a mejorar su instrucción, sino a dotar a sus fuerzas de espíritu de lucha y proveerlas de material eficiente y doctrina acorde.

por la introducción de una novedosa y exclusiva generación de misiles aire-aire o contraaéreos que podían ser lanzados desde diferentes acimuts al blanco. Esa versión de Sidewinders resultó letal para los cazas y bombarderos argentinos, pese al heroico sacrificio de sus pilotos.

En tierra, el dispositivo de defensa antiaérea, que contaba con razonable equipamiento y despliegue, fue golpeado severamente, neutralizando uno de sus principales directores de tiro, por la exitosa introducción de un misil antiradar Shrike. Aunque se conociera la existencia de tal tecnología, no estaba al alcance argentino, y no había medios para contrarrestarla, excepto emisiones discontinuas que afectaban la eficacia de los sistemas.

En el despliegue defensivo terrestre, las unidades nacionales se aferraron a un diseño estático, con unidades de la tradicional conformación ternaria y apoyo de armas tubulares menores. Los británicos recurrieron a compañías más pequeñas y flexibles de comandos y fuerzas especiales, incluidos francotiradores y la integración de equipos de misiles portátiles. Esa ductilidad e independencia fue determinante a la hora de incursionar, desplazarse y combatir en el agreste terreno isleño.

En esos mismos combates, fue determinante el empleo de visores nocturnos e infrarrojos, tanto para los tiradores de precisión como para la tropa regular. Los argentinos no tuvieron la cantidad suficiente, y eso decidió muchas acciones lanzadas en condiciones de baja visibilidad.

Respecto de las armas autodirigidas, varias fueron las ingeniosas adaptaciones que se dieron en ese conflicto. Así, cuando las vanguardias imperiales se encontraron bajo fuego bien dispuesto de ametralladoras y posiciones sólidas, y ante la inexistencia de blindados, usaron acertadamente misiles antitanque Milan contra las casamatas y las trincheras. Por su parte, los Tow fueron efectivos para protegerlos de las incursiones de apoyo aéreo argentino realizadas con Aermacchi y Pucará.

Por nuestra parte, menciono la iluminada y compleja adaptación de dos misiles Exocet MM38 (MM indica Mar-Mar, es decir, de buque a buque) sobre la plataforma de un

2 El sueco Carl Gustaf Von Rosen formó el escuadrón «Bebes de Biafra» con aviones SAAB Malmö MFI-9 armados para la contienda con cohetes Matra y bombas. Condujo ataques exitosos sobre bases aéreas nigerianas y destruyó cazas MiG-17 y bombarderos Ilushin Il-28.

carretón remolcable para ubicar en la isla y sorprender el hostigamiento del fuego naval nocturno. El HMS *Glamorgan* fue sacado de combate, y se redujo temporariamente la incidencia de tal desgaste británico. Las necesarias modificaciones que debieron hacerse para poder lanzar los misiles, para lo cual se creó lo que jocosamente se llamó «ITB» o «instalación de tiro berreta», no fueron pocas ni menores, sino por el contrario, de muy alto conocimiento técnico. Ni siquiera el renombrado servicio de inteligencia naval inglés estuvo en condiciones de prevenir esa habilidad argentina, originada en personal largamente capacitado.

En la batalla aeronaval, otro sistema de armas hizo un ingreso preanunciado pero igualmente efectivo: fue el binomio avión-misil antibuque, Super Etendard-Exocet AM39. Aunque se sabía que el país había adquirido este equipamiento y que una pequeña parte de él había arribado, nadie preveía que las fuerzas aeronavales argentinas estuvieran en condiciones de ponerlo en servicio y usarlo adecuadamente ante el bloqueo tecnológico europeo, solicitado por los británicos a sus aliados de la OTAN. La preparación no fue improvisada ni casual. Un excelente equipo de ingenieros y de técnicos lograron el montaje y la calibración de las armas. Luego, se sumaron estudiosos en modelos matemáticos y estadística de la Universidad del Sur, el grupo «Dieulefait», con el calificado personal del Servicio de Análisis Operativos de la Armada, para determinar las mejores tácticas de penetración de la defensa aérea enemiga, estableciendo los lóbulos de alcance de sus radares y diseñando los mejores perfiles de ataque.

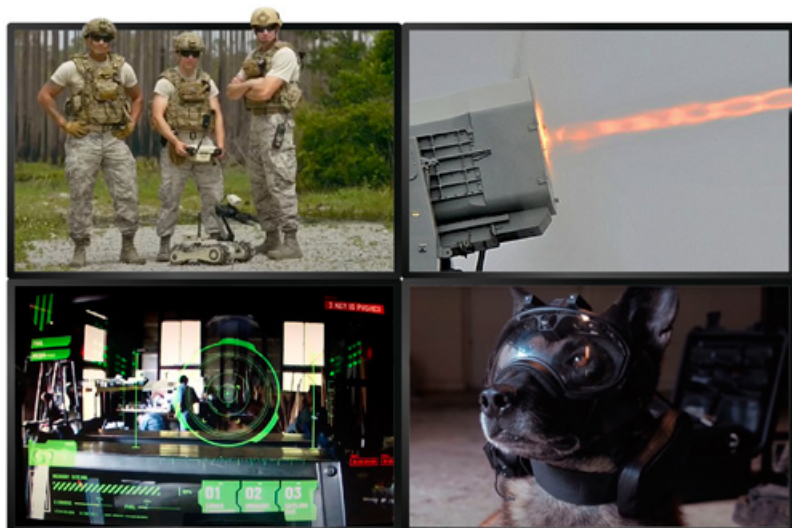
En ese mismo ambiente, la utilización de los Hércules KC130 de la Fuerza Aérea en misiones conjuntas, que ampliaron el alcance de los bombarderos con reabastecimiento en vuelo, en combinación con los raids rasantes para perforar los «paraguas» radáricos y misilísticos de la defensa aérea de la flota británica, por ejes de ataque menos esperados, fue otro acierto táctico que combinó gran pericia, adaptación de medios y entrenamiento previo.

No debe dejar de mencionarse el empleo de aviones civiles. Esto no es una novedad, ya se habían empleado antes en múltiples ocasiones, tal vez la más notoria sea la guerra de Biafra (1967-1970)². Sin embargo, en el Atlántico Sur, aeronaves de Aerolíneas Argentinas y Lear Jet de gran *performance*, que integraron el grupo Fénix, se utilizaron como complemento de las fuerzas de ataque en misiones de exploración, engaño y diversión. Ello da una muestra de la necesidad que tiene el país de disponer de una adecuada ley de movilización de sus recursos y ciudadanos en conflictos y crisis.

Los satélites brindaron a los británicos información precisa sobre el despliegue argentino y los alertaron sobre los movimientos navales y la ubicación de las fuerzas de tierra. A su propia constelación sumaron la de su principal aliado estratégico. Ello cerraba un panorama que la inteligencia podía apreciar por diversas fuentes, entre las que se encontraban los medios electrónicos. De hecho, en varias ocasiones y de forma muy rudimentaria, se apreció la posición de los portaaviones del Reino Unido por triangulación de señales radar obtenidas por MAE. La guerra en el ambiente electrónico ya alcanzaba un desarrollo exponencial, que ha seguido hasta la fecha incorporando la cibernética.

En la guerra submarina, paradójicamente, se dio un ejemplo inverso. Los submarinos tipo 209 se habían dotado de los modernos torpedos filoguiados alemanes de largo alcance SST4. El submarino ARA *San Luis*, en una maniobra de enorme habilidad y valor, logró filtrar la cortina antisubmarina británica y efectuar lanzamientos. Fallas en los proyectiles y la central de tiro causaron el fracaso de la acción y un feroz contraataque del que salió indemne gracias a una acertada y prolongada maniobra elusiva. Las armas eran prototipos, y el sistema no se había probado integralmente de forma exhaustiva antes de la guerra. Ello refuerza la necesidad de antelación en la adquisición de equipamiento a fin de ponerlo en óptimas condiciones y lograr la máxima capacitación de sus operadores.

Si el potencial de guerra de un país es inferior, es decir, si la Nación no puede mantenerse materialmente en condiciones de combatir eficazmente, durante tiempo prolongado, contra sus enemigos reales o potenciales, o su armamento es escaso u obsoleto, tendrá que aceptar los términos de una derrota, aun cuando inicialmente lograra infligir pérdidas severas.



Un corolario de lo hasta aquí expuesto es que «no existen guerras convencionales», tradicionales o clásicas. Independientemente de la clasificación que se haga de los contendientes o la entidad legal que se les dé, cada confrontación es una nueva y original mezcla de determinación, tecnología novedosa, inteligencia e ingenio.

Otra conclusión invoca indirectamente un mito urbano, del discurso político (a la hora de establecer el presupuesto militar) y de algunos comandantes resignados: «lo importante es la gente, los “fierros” se compran cuando se necesitan». Vamos a desarticular esta falacia.

El desarrollo del equipamiento de combate incide igualmente en la formación y capacitación técnica de su personal, en la evolución de sus tácticas y empleo doctrinario, así como en su motivación y visión estratégica.

Ningún equipo de fútbol puede ser considerado efectivo o mantener una actitud de autoconfianza y ganadora si no dispone de balones para entrenar, campos de juego, gimnasios de preparación física, fisioterapia, nutricionistas, etc. No alcanza con reunir gente bien predispuesta y con cierta habilidad innata.

Con mucha más razón eso sucede en las Fuerzas Armadas, que demandan complejas articulaciones de muchos especialistas, habilidades técnicas, condicionamiento físico, plataformas operativas en los diferentes medios (tierra, mar, aire-espacio, subacuático) en cuatro ambientes intrincados (superficie, submarino, aéreo, electrónico), interconectados y procesando datos, a la par que enfrentando condiciones hostiles y la eventual oposición de uno o más enemigos, muchas veces difíciles de definir e identificar.

¿Es una afirmación seria y realista que los medios materiales, escasos, caros y de uso complicado llegarán oportunamente en medio de una crisis? Sobre todo cuando las escaladas y los desenlaces bélicos aceleran frenéticas y caóticas tomas de decisiones, entre demandas logísticas de todo tipo, negociaciones internacionales, debates políticos internos, estrés y confusión.

Y en todo caso, ¿arribarán con el suficiente margen de tiempo para la capacitación de los operadores del frente de combate, para integrarlos a otros recursos y desplegarlos en los teatros?

No, no es realista, y mucho menos prudente.

La historia argentina demuestra, desde 1806, con las primeras invasiones inglesas (de una larga serie de ofensivas británicas sobre nuestro territorio) y aún antes con los asaltos portugueses a las misiones jesuíticas y la Banda Oriental del Uruguay, que cada vez se partió prácticamente de cero y se remontó la desfavorable situación inicial de relativa indefensión y desarme. ¿Volvemos a repetir el error histórico? En tiempos de Brown, la diferencia entre navíos mercantes y militares era poca y, de hecho, varios buques se concebían para alternar su empleo entre las guerras imperiales y la navegación en mares infestados de piratas, bandidos o flotillas revolucionarias. De este modo, se adquirió y armó la fragata *Hércules*. Eso ya no es posible.

El Atlántico Sur mantiene el tradicional valor geoestratégico por el que tanto han trillado los pensadores y analistas de la geopolítica. Conexión y acceso a la Antártida, cam-

pos hidrocarburíferos y gasíferos, minerales y pesquerías son los intereses que recurrentemente se citan en los estudios y planes. Lamentablemente, no son adecuadamente atendidos por quienes deciden y gestionan las políticas nacionales de relaciones internacionales, defensa y economía.

Las grandes potencias del mundo y las naciones con fuertes intereses territoriales y marítimos siguen desarrollando portaaviones, aeronaves de largo alcance, fuerzas de submarinos, naves de proyección anfibia, bombarderos estratégicos tripulados y naves operadas a control remoto, misiles, armas de precisión de guiado sensible óptico, láserico, infrarrojo, electromagnético, sensores de creciente capacidad de detección y medios de enorme procesamiento de datos integrados, satélites de uso militar, miniaturización de componentes, mayores volúmenes de fuego con mayor puntería, etc. Ello demanda una inversión constante en investigación y desarrollo (I&D), coherencia y constancia en las áreas tecnológicas, formación del personal más idóneo y capacitado técnicamente, industrias propias de abastecimiento y cadenas logísticas de mantenimiento y reparaciones.

Pero no solo eso. Como dijimos antes, una vez que se cuenta con el material apropiado, hay que tener el tiempo suficiente para adiestrar a los equipos humanos, extraer experiencias, desarrollar las mejores técnicas de empleo, generar tácticas y doctrina.

Los conflictos de este siglo refuerzan estas afirmaciones. Las guerras no se ganan por azar. Por el contrario, se pierden por múltiples razones, no solo cuando faltan coraje, unidades de batalla o estrategias, sino también cuando, desde mucho antes de que ocurran, se carece de estadistas que doten a los intereses de una nación de los medios adecuados para su defensa y apoyo a sus relaciones internacionales.

A cuarenta años de las acciones por las Islas Malvinas, Sándwich del Sur y Georgias del Sur, la República necesita capitalizar las lecciones aprendidas, revalorar sus Fuerzas Armadas y ponerlas en condición de servir eficientemente a la defensa de la Patria, sus ciudadanos, las áreas vitales y sus intereses, en nuestro propio territorio continental, marítimo, insular y antártico, y ser capaces de proyectarse allí donde se requieran. ■

Nuestra sociedad y su gobernanza han cambiado. Los grandes intereses del país, sus amplios espacios terrestres, marítimos, insulares, antárticos y costeros, requieren una readaptación a los conflictos existentes y a las muchas amenazas crecientes. A la fuerza moral de las instituciones de defensa debe dotársela de armas efectivas, logística desplegada, conducción operacional eficiente y una capacidad de acción, revisión y reacción ágil y contundente. Las experiencias de guerra se empeñan en enseñarlo.

